

LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Ariel

HISTORIA

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
Mapas

Introducción

PARTE PRIMERA. ANTES DE LA REVOLUCIÓN

- I. Las causas de la Revolución
- II. Lenin (1870-1917)

PARTE SEGUNDA. LA REVOLUCIÓN

- III. Un partido de nuevo tipo
- IV. Hacia un Estado de obreros y campesinos
- V. «¡Todo el poder para los soviets!»
- VI. Pequeñas naciones y grandes potencias
- VII. La construcción del socialismo en un solo país

PARTE TERCERA. DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

- VIII. Lenin y la Revolución rusa
- IX. El significado de la Revolución rusa

Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

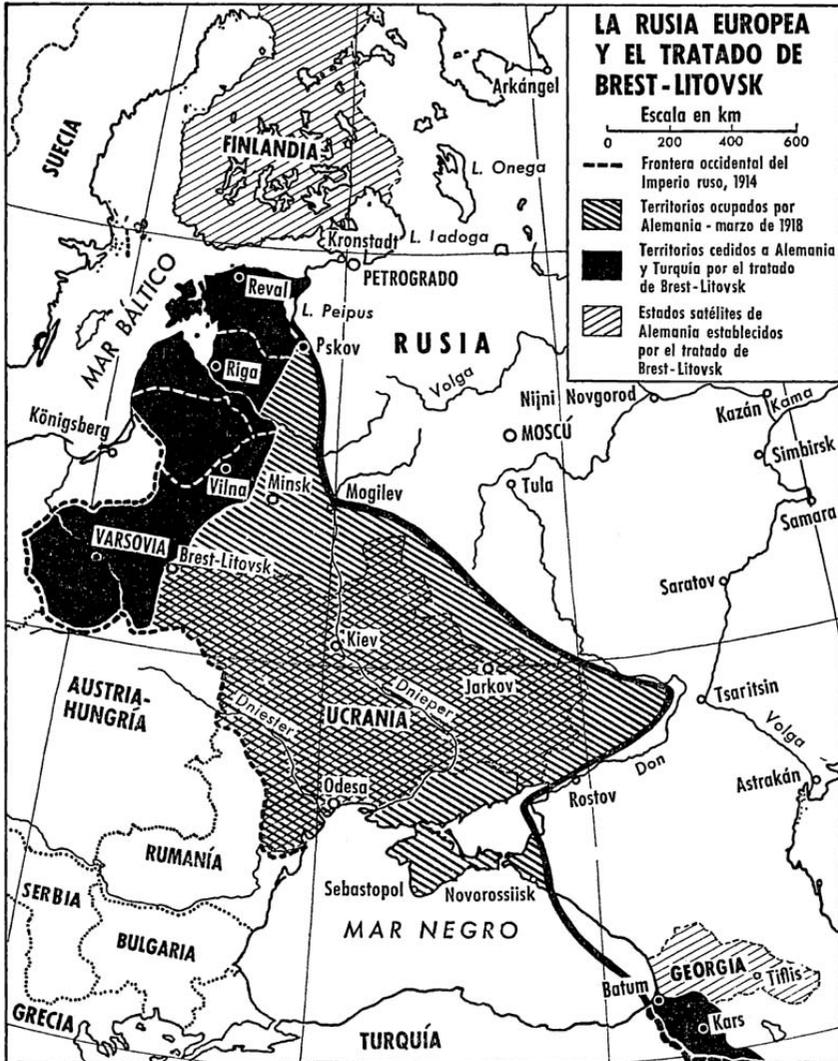


Explora

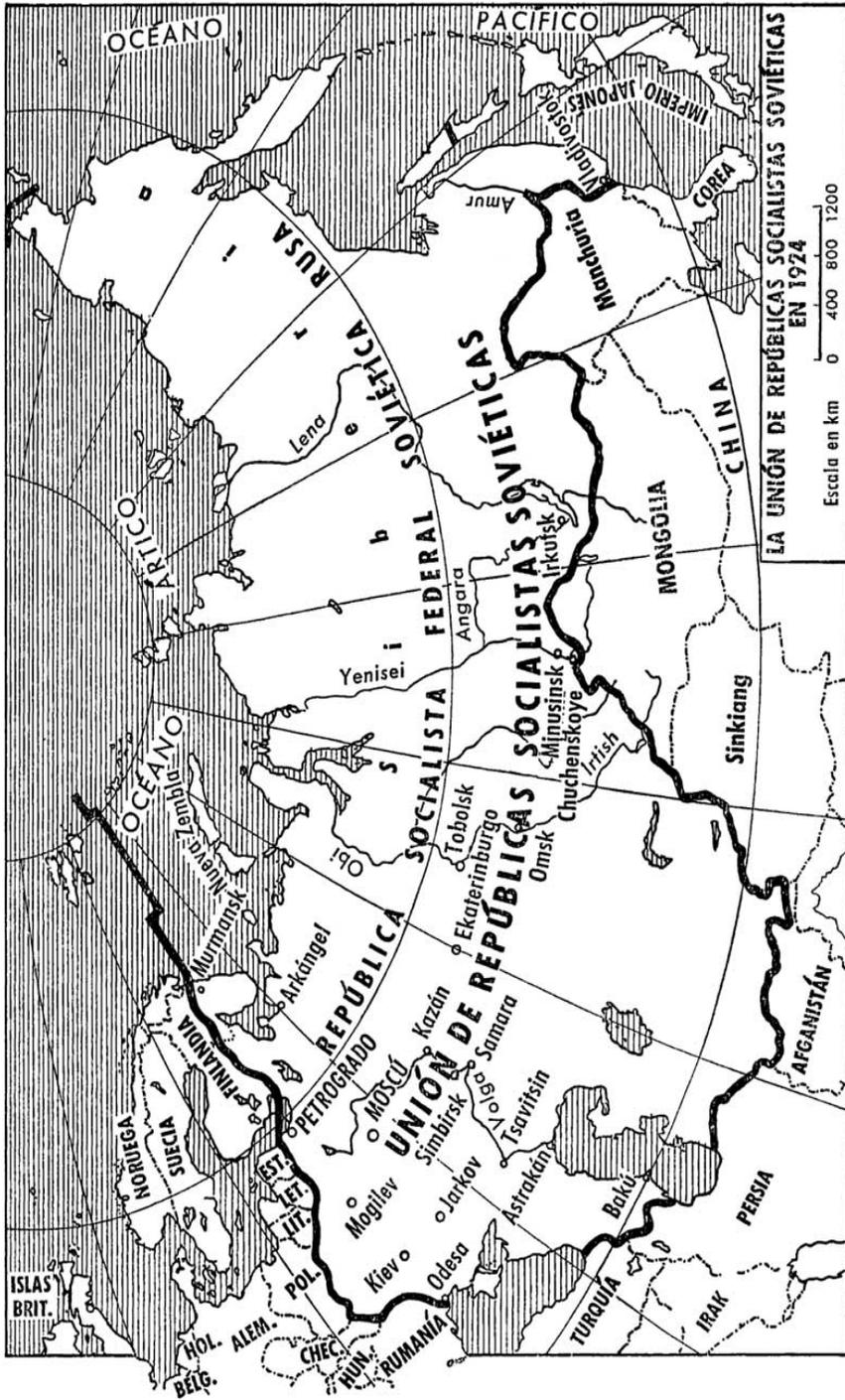
Descubre

Comparte

A Dona Torr







INTRODUCCIÓN

I

A comienzos de 1917, Rusia, aliada a Inglaterra, Francia y Japón, estaba en guerra con Alemania. Sus pérdidas en dos años y medio de guerra habían sido enormes, y, a pesar de ello, no había conseguido ningún resultado positivo. Sus tropas estaban agotadas, mal equipadas, mal mandadas; la mayoría de los soldados no comprendían nada en absoluto de los motivos y los objetivos de la guerra. Doce años antes, la derrota de Rusia frente al Japón había desencadenado una revolución contra la autocracia del zar Nicolás II. Esta revolución había sido aplastada, aunque el zar hubo de hacer algunas concesiones, incluida la formación de una asamblea representativa, la Duma. Sin embargo, las posibilidades de acción que tenía este órgano se vieron reducidas enseguida, quitándosele casi todo su poder real. Y así, el gobierno del zar siguió tan corrompido y autocrático como antes, pero ahora se había enajenado la confianza de todas las clases de la sociedad.

El 12 de marzo de 1917, el gobierno del zar fue derrocado por una revolución casi incruenta en la capital. Las provincias siguieron el ejemplo; los jefes del ejército se unieron a la Duma para pedir al zar Nicolás que abdicara; por fin, al cabo de trescientos años de haber conquistado el poder, la dinastía de los Romanov desaparecía casi sin

ofrecer resistencia. Se estableció entonces un gobierno provisional que representaba a los partidos conservador y liberal, los cuales, conjuntamente, tenían mayoría en la Duma. Los miembros de este gobierno no habían sido, empero, los autores de la Revolución; no hicieron más que llenar el vacío de autoridad tras la abdicación del zar. En Petrogrado, el poder real pronto se vio que estaba en manos del soviets, un consejo revolucionario de delegados de los trabajadores. También había soviets en el ejército y en la marina, en Moscú y en ciudades de provincias, así como en distritos rurales. Se formó inmediatamente un Congreso de los Soviets, en Petrogrado, al cual enviaron delegados los soviets locales. Mientras tanto, el soviets de Petrogrado actuaba de hecho como un segundo gobierno, dictando órdenes y tomando medidas que los trabajadores y los soldados acogían mucho mejor que las dadas por el gobierno provisional. Las libertades de prensa y de reunión se empezaron a ejercer espontáneamente; los dirigentes revolucionarios salieron de las cárceles o regresaron del exilio.

Entre estos últimos llegó a Rusia, en abril, Lenin, quien enseguida empezó a atacar al gobierno, exigiendo el final de la guerra, la distribución de la tierra a los campesinos y la entrega del poder a los soviets. Gracias a este programa, el Partido Bolchevique se ganó un apoyo tan grande que puso fin a la fase de luna de miel de la revolución. El gobierno provisional se reorganizó rápidamente con sólo los partidos del Soviet que estaban de acuerdo en continuar la guerra. Kerenski fue nombrado primer ministro. Se lanzó una nueva ofensiva militar. El Partido Bolchevique fue puesto fuera de la ley, y Lenin tuvo que esconderse.

Sin embargo, la continuación de la guerra no suscitó ningún entusiasmo. La consigna bolchevique de «paz, pan y tierra» fue ganando partidarios. En el frente, los ejércitos se disolvían y las tropas se dispersaban. En agosto, el gene-

ral Kornilov intentó dar un golpe contrarrevolucionario, pero fue derrotado. No obstante, este hecho puso de relieve la debilidad del gobierno de Kerenski, quien no habría sido capaz de resistir el golpe de Kornilov de no haber sido por el apoyo que le prestó en esa ocasión el verdadero poder de entonces en Rusia: los soviets de delegados de obreros y soldados. Hasta ese momento, Kerenski se había mantenido en el poder apoyándose en la derecha para contrarrestar el avance de la izquierda; después de la derrota de Kornilov, no quedaba ninguna fuerza de la revolución a la derecha de Kerenski. El gobierno provisional había prometido redistribuir las tierras y convocar una asamblea constituyente; no cumplió nada de esto, y, a cambio, sólo ofrecía llamamientos patrioteros e impopulares para proseguir la guerra. En el soviet de Petrogrado, los bolcheviques obtuvieron entonces la mayoría. Y ya antes la habían conseguido entre las tropas y clases del ejército. Los días 6 y 7 de noviembre, los soviets tomaron el poder casi sin oposición. Se formó un gobierno presidido por Lenin, e inmediatamente se promulgaron leyes dando la tierra a los campesinos y nacionalizando las industrias básicas. El gobierno de Lenin anunció su decisión de poner fin a la guerra y de firmar una paz sin anexiones ni indemnizaciones.

En marzo de 1918, el gobierno revolucionario firmó, en Brest-Litovsk, la paz con Alemania, en condiciones muy duras para Rusia. Pero no había llegado aún el momento de la paz para la nación, cansada ya de guerras. Los vencidos supervivientes del antiguo régimen quisieron volver atrás el reloj de la historia y, con ayuda de países extranjeros, pretendieron derribar el nuevo régimen revolucionario desencadenando una guerra en territorio ruso que duró casi tres años. Finalmente, las fuerzas soviéticas derrotaron a la coalición de «catorce naciones» y se abrió para la nueva república un esperado y urgente período de reconstrucción na-

cional. En 1921 se introdujo la llamada «Nueva Política Económica», que señaló el comienzo de una lenta recuperación. Al año siguiente, Lenin sufrió un atentado de resultados del cual quedó parálítico. Y en enero de 1924, murió.

II

Éstos fueron los principales acontecimientos de la Revolución rusa hasta la muerte de Lenin. Espero que este breve anticipo ayudará al lector a seguir los hilos de la trama en esta obra. El poco espacio disponible no da para escribir una historia de la Revolución rusa, de la que, por lo demás, ya hay muchas; tampoco ha sido intención mía escribir una biografía de Lenin. Lo que sí he intentado es establecer el lugar que debe ocupar Lenin, y la revolución que fue la obra de su vida, en la historia. Por esta razón, he seleccionado, para examinarlos con mayor detenimiento, aquellos aspectos de la actividad y el pensamiento de Lenin, así como aquellos trances decisivos de la revolución, que a mi parecer tienen una significación que rebasa lo anecdótico y local. Así, por ejemplo, el propio partido bolchevique, y lo que le diferencia de los otros partidos socialistas; la política agraria de este partido en un país en el que los campesinos constituían el 80 por ciento de la población; la filosofía política que inspiró la revolución y el Estado soviético; la crítica de Lenin al imperialismo y su definición de la política nacional e internacional, que los dirigentes del Estado soviético habrían de seguir después de él: temas todos ellos merecedores de consideración, a falta de la cual me parece imposible llegar a comprender la Revolución rusa.

Por razones de sencillez, he empleado siempre la nueva forma de fechar introducida por la revolución, aunque en Rusia se adoptase posteriormente. Para convertir las fechas

a la antigua usanza hay que restar doce días en el siglo XIX y trece entre 1900 y el 14 de febrero (1.º en la forma nueva) de 1918. He conservado los nombres tradicionales de Revolución de Febrero y Revolución de Octubre, aunque, de hecho, estas revoluciones sucediesen en marzo y noviembre, respectivamente, según el calendario gregoriano (el 27 de febrero del viejo calendario es el 12 de marzo del nuevo; el 24 y el 25 de octubre, corresponden, pues, según el viejo calendario, a los días 6 y 7 de noviembre). Antes de 1914, me refiero a la capital de Rusia con el nombre de San Petersburgo, rebautizada después como Petrogrado. Hoy, por supuesto, la llamamos Leningrado: la ciudad de Lenin.

Normalmente, al citar obras de Lenin el lector debe sobrentender que me refiero a las traducciones inglesas corrientes; no obstante, he confrontado estas traducciones con el original ruso (3.ª ed.) y en algunos casos he introducido modificaciones de las que únicamente yo soy responsable.

Debo añadir que han sido muchas las personas que me han ayudado a escribir este libro. En especial, doy las gracias a la señorita Dorothy Marshall, al señor Rodney Hilton y a su esposa, a los señores Maurice Dobb, Donald Pennington, A. L. Rowse, director de la colección a que pertenece esta obra, y sobre todo, a la señorita Dona Torr.

PARTE PRIMERA

ANTES DE LA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO I

LAS CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN

Muchas cosas hay en el mundo que tendrán que ser destruidas a sangre y fuego.

LENIN, 1915

I

En 1917, en dos revoluciones, el pueblo ruso destronó a su zar, quitó su carácter oficial y de Estado a su Iglesia y expropió a su aristocracia. En Inglaterra y en Francia, todo esto había sucedido bastante antes: en Inglaterra, durante la guerra civil del siglo XVII; en Francia, cuando la Revolución de 1789. De manera que, al tratar sobre la Revolución rusa, lo que hemos de preguntarnos no es ¿por qué sucedieron estos violentos acontecimientos en Rusia en 1917? —una época en que la Europa occidental evolucionaba, en comparación, de modo pacífico y constitucional—, sino ¿por qué tardaron tanto en producirse en relación con otros países europeos? La primera pregunta podría llevarnos a suponer que la revolución sangrienta es algo peculiar de Rusia, y si seguimos por este camino antes de que nos demos cuenta estaremos diciendo tonterías sobre el alma eslava. De todas maneras, en la revolución de 1917 hay aspectos que son ciertamente muy rusos; pero es muy importante que quede claro desde el principio que Rusia, con su revolu-

ción, ponía fin a la Edad Media de la misma forma que habían hecho los ingleses en 1640 y los franceses en 1789. Y por eso ahora podemos y debemos preguntarnos por qué fue tan tardío el desarrollo de los acontecimientos en Rusia.

La razón más importante, fundamental, es que en Rusia no surgió una clase media independiente. En la Europa occidental, los siglos XVII, XVIII y XIX fueron la época de la expansión capitalista durante la cual las clases mercantil e industrial arrebataron el poder económico, primero, y después el político, a las aristocracias terratenientes y a las monarquías absolutas. Durante toda la época heroica del capitalismo occidental, la economía rusa era como un gran charco de agua estancada; su comercio lo controlaban grupos extranjeros y sus escasas industrias eran feudo del zar o de otros señores feudales. La clase media rusa se desarrolló muy tarde y con mucha lentitud; la envergadura de sus operaciones mercantiles era de poca monta, y nula su independencia política. De ahí que el liberalismo, que fue la filosofía de la burguesía ascendente en Occidente, no tuviera raíces sociales en Rusia. El poder seguía estando exclusivamente en las manos del zar autocrático, que gobernaba por medio de una burocracia corrompida y se apoyaba en una aristocracia omnipotente en el campo y dueña y señora de todos los cargos de importancia en el ejército y la administración.

La primera oportunidad que tuvo el liberalismo en Rusia fue después de las tremendas derrotas sufridas en la guerra de Crimea (1853-1856). Estos desastres demostraron que las guerras ya no podían ganarse sin una moderna industria, y además pusieron al desnudo la más total desorganización de la maquinaria estatal. En 1861, con la abolición de la servidumbre se inició un período de reformas económicas y políticas. También se introdujeron, desde arriba, algunas de las técnicas de la civilización occidental, pero los